

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, en su audición radial correspondiente al 22 de agosto de 2014.

Queridos amigos, es un gusto y un honor poder saludarlos. Quiero empezar hoy, recordando que hace tiempo fui diputado, por voluntad de la gente, senador, ministro y hoy soy presidente, cerca de terminar mi período. Seguramente que en todos estos años me he equivocado mucho o poco, según el juicio abierto al que tiene derecho la gente.

Tal vez algunas cosas pude aportar, de lo contrario no me habrían acompañado con tanta voluntad ciudadana, pero con franca humildad, como corresponde en una República donde nadie es más que nadie y el Presidente tiene que tener claro que no es más que un funcionario elegido coyunturalmente, que pasa y se va y que no vale más que cualquier hombre de la calle, porque, repito: nadie es más que nadie.

Pero en ese acontecer que he relatado, nunca, jamás llamé al medio de un canal o al dueño de una radio, de un periódico para criticar o enjuiciar la parcialidad de algún trabajador de la prensa o para detener a gritos la difusión de alguna información. Repito, y lo remacho, nunca jamás llamé al dueño de un canal o radio o periódico para salir criticando la parcialidad que pudo haber tenido algún periodista o para detener alguna información. Y me siento orgulloso de ello.

Espero que algún día, pasado el calor de las luchas, algunas de las gremiales de distintos niveles que representan al periodismo en términos genéricos, me lo reconozcan.

¿Por qué digo esto hoy? Porque sé, indudablemente sé, que desde algunas tiendas se presiona constantemente a la cúspide de los medios de difusión, se critican a periodistas, se advierten amenazas hacia el futuro.

Es cierto, yo he criticado abiertamente porque me han criticado hasta el cansancio —miren que me han dado palo—, pero tal vez en una república esto sirve para subrayar que nadie es más que nadie.

Alguna vez dolorido critiqué a los medios pero jamás me dediqué en silencio, por abajo, por teléfono a presionar a nadie, utilizando el poder para torcer información o perseguir gente.

Pero así es la vida. Hay de todo en la viña del Señor. Como cosa más útil hoy, para no aburrir a una audiencia, me quiero detener un minuto en cosas que han pasado y pasan y que la gente pierde la perspectiva.

¿Se acuerda, querido oyente, del viejo DISSE? Por si no se acuerda le recuerdo que aseguraba o intentaba asegurar la salud sólo de los asalariados privados y en total cubría 586.000 personas, dentro de las cuales apenas 50.000 eran jubilados.

¿Recuerda usted estos datos? ¿Recuerda usted esta realidad? Porque esto hay que compararlo con el actual FONASA, que como cualquier construcción humana tiene defectos y hay que irlos peleando para mejorar, pero cuidado, no tirar el agua de la bañera con el nene, porque este FONASA cubre a todos los asalariados públicos y privados del Uruguay y sus familias completas. Este FONASA hoy cubre a las unipersonales, a los vendedores ambulantes, a los feriantes, cubre a los profesionales y está cubriendo hoy a más de la mitad de los jubilados: 350.000 jubilados y va a llegar a todos si hay voluntad política en el futuro gobierno. En el 2016 cubrirá a todos los jubilados.

En total hoy —repito— el FONASA asegura los servicios de salud a 2.200.000 personas y hay que comparar esto con lo que era el viejo DISSE que cubría a 586.000 personas. Hay alguna diferencia, ha habido algún progreso, se mejoró en algo. ¿Alcanza? No, los primeros en señalarlo somos nosotros. No alcanza, hay que matarse, entre otras cosas, para que la economía crezca y con ello tener recursos para aumentar las prestaciones, mejorar los servicios, hacer posible las dificultades que tiene parte de esa población, de esos 2.200.000, a veces con las órdenes, con los recursos económicos que precisa para ello.

No, no es suficiente, hay que seguir peleando para mejorar. Pero hay que comparar con lo que teníamos, lo que hemos avanzado. Necesitamos por ello, porque no puede haber políticas sociales de beneficios auténtica, sustentable en el futuro, si no se asegura que la economía crezca y crezca y genere recursos.

La otra vía es aumentar el precio impositivo y es tremendamente nocivo cuando se pasan ciertos límites porque se vuelva en contra del crecimiento económico. Por eso, el éxito económico y la marcha económica es el primer instrumento de política social cuando hay intención y voluntad política, de lo contrario es un instrumento nada más que concentrador de riqueza. Esta es una diferencia de carácter central y esencial.

Acá se juega el nivel de vida de la gente. ¿O se puede creer que era imposible que el personal de servicio se formalizara y tuviera derechos jubilatorios, aunque sus jubilaciones sean humildes? Claro que fue posible hace mucho tiempo. ¿Acaso era posible que los peones rurales tuvieran ocho horas? Pero hace un siglo que soñaban que se reconociera lo que tenía cualquier trabajador urbano, y no lo tenían. ¿Y por qué lo tuvieron? Porque, por un lado hubo medios, pero por otro lado hubo voluntad política. Lo que quita neutralidad y tiende a luchar por la distribución, lo que se suma a la economía es la orientación política.

“Si va pa un montón”, dice un poeta, “se aumentan los perjudicos”. Entonces, para que siga marchando la economía y que esta crezca se necesita invertir y para eso hay que tener política económica segura, previsible, sin bandazos, porque, además, si la economía marcha es posible pensar en aflojar la cincha de los impuestos hasta cierto punto, por ejemplo, subir la franja en la que arrancan los descuentos del IRPF, disminuir la proporción en los primeros escalones, etcétera.

Se puede pensar, si la economía marcha y hay voluntad política, en aumentar pasividades sumergidas, que las hay, y que nos pesan, pero hay que atender al crecimiento económico para obligar que el crecimiento económico riegue prosperidad sobre el conjunto de la población, particularmente y en mayor proporción a los más débiles. Por ello, todo esto se junta.

A mí me asombra cuando se habla y se separa las políticas sociales, la rebaja de impuestos, derecho sustantivo, ¿con qué? Y el “con qué” se llama crecimiento económico. Pero el crecimiento económico es hijo de las políticas que aseguran inversión, previsibilidad y que no andan a los bandazos.

No preocuparse qué se va a hacer, si se va a hacer esto o lo otro, y hablar solo de derechos sociales a uno le crea esta angustia. ¿Con qué? Y el “con qué” es parte sustantiva del hacer. A veces por razones de tiempo es posible que estas cosas se separen, pero nunca se debe de transmitir a la cabeza de la gente que estas cosas se pueden separar.

La política económica es esencial, en primer término para la política laboral y para la política salarial, el primer instrumento de reparto de una sociedad. Por desgracia no se puede repartir la miseria, hay que repartir el crecimiento y la bonanza. ¿Qué no alcanza con el crecimiento? Tenemos nuestra historia para mirar para atrás y haber aprendido que muchas veces la economía creció pero no creció el reparto. Esto requiere voluntad política pero no se arregla solo con voluntad política, con querer, si en definitiva la economía no crece.

Por eso cuando nos damos cuenta las limitaciones de lo que hemos hecho, cuando contemplamos el progreso de lo que significa el FONASA comparado con el DISSE, no podemos dejar de ver que muchos jubilados se rascan el bolsillo cuando tienen que ir a sacar una orden y no les da. Nos damos cuenta, y tenemos que seguir laburando para aumentar el ingreso de ese jubilado, pero le estaríamos mintiendo a ese jubilado que en términos reales le vamos a aumentar el ingreso, si no nos desesperamos atrás del crecimiento de la economía para poder quitarle a la economía algunos medios para tapar estas heridas que hay en la sociedad.

Por esto existe la política y la política no puede escapar a la gigantesca pinza que hay en la sociedad que son las clases sociales, y no puede escapar a la lucha por el reparto de los panes y los peces que se dan en una sociedad.

Pero a pesar de esto, y esto implica disputas y pareceres distintos, todos, pobres, ricos y medianos, tenemos ciertos intereses comunes en esta sociedad y por eso nuestras discrepancias tienen los límites de nuestros colores, pero nuestros colores están todos debajo de nuestro pabellón y de los intereses comunes, como sociedad, que tenemos. Nunca lo olvidemos en el calor de nuestras discrepancias.